

## LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO (\*)

SUMARIO: I. EL NACIMIENTO DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA: LA IMPRONTA LIBERAL.—II. UNA OCASIÓN PERDIDA: EL FIN DE SIGLO O LA FRUSTRACIÓN DE UNA HISTORIOGRAFÍA MODERNA.—III. LOS ALBORES DE UN CONTEMPORANEÍSMO RIGUROSO.—IV. EL CONTEMPORANEÍSMO DURANTE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA.—V. EL FRANQUISMO: ENTRE LA CESURA Y LA CONTINUIDAD.—VI. LOS FUNDADORES DEL CONTEMPORANEÍSMO ESPAÑOL: JAUME VICENS VIVES Y JESÚS PABÓN Y SUÁREZ DE ÚRBINA.—VII. PROSIGUE LA CADENA. VICENTE PALACIO ATARD Y FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER.

---

(\*) La inelegancia de la autocita podrá perdonarse mejor por la concentración de las referencias en una sola nota. Algunas de las cuestiones abordadas tangencialmente en el texto como la historia de las élites políticas y religiosas, la historia regional y local o la religiosa las hemos tratado de manera algo más extensa en los siguientes trabajos: *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo* (Córdoba, 1991-92, 2 vols.); «La historiografía eclesiástica española contemporánea. Balance a finales de siglo», *Hispania Sacra*, 103 (1999); «Notas para el análisis de la cultura intelectual andaluza del siglo XX (Filosofía, Derecho, Economía, Historia, Periodismo, Ensayo, Crítica)», en *Córdoba, apuntes para su historia* (Córdoba, 1981, págs. 213-250); *Historia de Córdoba* (Córdoba, 1993); *Semblanzas andaluzas (Galería de retratos)*. Madrid, 1984; *Intelectuales y políticos contemporáneos* (Sevilla, 2.<sup>a</sup> edición, 1998, si bien la primera contiene varios estudios no incluidos por razones de homogeneidad en la citada); *Andalucía, historia de un pueblo (... a.C. 1984)* Madrid, 1984, 2.<sup>a</sup> edición); *Sociología del episcopado español e hispanoamericano (1789-1985)* (Madrid, 1986); en colaboración con S. MIRANDA, *El poder y sus hombres. ¿Por quiénes hemos sido gobernados los españoles? 1705-1998* (Madrid, 1998); «Cartas a un joven historiador (1 y 2)»; *Ensayos de historiografía contemporánea* (próximo a aparecer en el Centro de Estudios Constitucionales).

En la revista *Ayer*, órgano de la Asociación de Historia Contemporánea, encontrará el lector interesado un excelente *status quaestionis* de la historiografía nacional y extranjera. Los números anuales consagrados a la cuestión están dirigidos por destacados especialistas, ANTONIO MORALES MOYA, JUAN PABLO FUSI, CELSO ALMUIÑA FERNÁNDEZ, etc. Igualmente, el Dpto. de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Zaragoza, durante mucho tiempo dirigido por el catedrático coruñés JUAN JOSÉ CARRERAS —sobresaliente especialista en cuestiones metodológicas y autor de varios artículos sobre la temática que merecen los honores del libro—, ha consagrado por varios de sus miembros una especial y fecunda atención a la historia de la historiografía española contemporánea —(sólo en algún caso aislado con ostensible carencia informativa)—, cubriendo así uno de los segmentos a los que no pudo llegar la siempre benemérita obra del también coruñés D. BENITO SÁNCHEZ ALONSO. *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*. Madrid, 3 vols., 1941-50.

## I. EL NACIMIENTO DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA: LA IMPRONTA LIBERAL

Como todos los procesos de la España contemporánea, el despliegue de la historiografía en torno a ella también encuentra en la «francesada» a su punto de partida; y al igual que la mayor parte de los fenómenos de largo alcance de los dos últimos siglos, el que ahora vamos a estudiar hunde algunas de sus raíces en el período de la Ilustración. Bien que, en general, los coetáneos demuestren escasa sensibilidad para la percepción de los hechos grávidos de porvenir, las generaciones que protagonizaron las guerras peninsulares y ultramarinas del primer tercio del siglo XIX tuvieron clara sensación de asistir a unos sucesos y de vivir en tiempos de trascendencia singular. El que durante el reinado fernandino se escribieran unos recuerdos como los de José García de León y Pizarro (1770-1835), de neta conformación modernista, prueba que también en la literatura historiográfica la guerra de la Independencia y sus duraderas secuelas supusieron un cambio de ejes en el cultivo de las letras y, especialmente, en el de la historia (1).

Como decíamos, la Ilustración se demostró una vez más como la verdadera plántula de la historiografía contemporánea. Hombres como Martínez Marina o D. Juan Sempere Guarinos, cuyo mundo mental se troqueló en los moldes de la gran corriente intelectual de la segunda mitad del setecientos, captaron, en virtud misma de la responsabilidad de un oficio de intelectual

---

(1) «Este diario, publicado junto con sus memorias, es un texto muy curioso, donde se mezclan observaciones personales, rumores sin fundamento y muestras de agudeza o de un acertado conocimiento de la fauna palaciega». J. FONTANA, *La Revolución Liberal. Política y Hacienda en 1833-1845*, Madrid, 1977, pág. 3.

dignificado por las Luces, la divisoria de aguas que la guerra contra el francés había producido en la marcha de la nación; y se afanaron por prestar a sus desconcertados conciudadanos el servicio de su experiencia y saber. Los nombres de tan egregias figuras simbolizan expresivamente los destinos, a la vez contrapuestos y concordados, de los pensadores cuya segunda navegación intelectual discurriera por la astillada España fernandina. La política había, en efecto, de convertirse en factor esencial del quehacer historiográfico y de su contextualización. Elemento normal y común al resto de los países de su entorno, en España la supremacía en el cultivo de la historia contemporánea fue superior a la alcanzada en aquéllos; sin que a lo largo de doscientos años dicha circunstancia perdiera o disminuyera su dominio en cualesquiera de los períodos que articulan su desenvolvimiento.

Las duras y, a menudo, dramáticas vicisitudes de la crisis del antiguo régimen impulsaron a muchos de sus protagonistas relevantes a justificar o reivindicar su conducta. Políticos, generales y hasta obispos dieron a la luz escritos sobre los sucesos en que habían intervenido, de naturaleza —obvio resulta aclararlo— polémica. Si no propiamente historiográficos, algunos tienen la pretensión de tal. Una parte de ellos trazan la evolución del país desde su ruptura convivencial en la dictadura godoyesca, y otros proporcionaron valiosa información utilizada por el denso haz de los historiadores que analizaron con objetivos y propósitos de tales el pasado más reciente. En los años cuarenta, afianzado ya el sistema constitucional, la cosecha historiográfica fue muy abundante, con títulos de indudable valor. Fue, sin embargo, al final de la primera guerra carlista cuando puede datarse con fehaciencia el nacimiento en España de una historiografía propiamente contemporánea al publicar, en 1838, el conde de Toreno su admirable *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España* (2).

No obstante el lastre de su acusada parcialidad, oportunismo, unilateralidad y maniqueísmo, las obras de Estanislao de Koska Bayo —*Historia de la vida y reinado de Fernando VII* (Madrid, 1842, 3 vols.)— y las de Javier

---

(2) El juicio de M. MENÉNDEZ PELAYO sobre Toreno merece ser recordado: «La Historia, considerada como arte, levantó un monumento imperecedero por la pluma del conde de Toreno, en la que escribió del *Levantamiento Guerra y Revolución de España en 1808* [...]. No conozco ninguna historia moderna que se acerque tanto a los modelos clásicos especialmente en el primer volumen». *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Madrid, 1947, VII, pág. 243.

de Burgos —*Anales del reinado de Isabel II* (Madrid, 1850-1, 6 vols.), obra póstuma, cuyo tomo V fue reelaborado por el hijo del humanista motrileño, Augusto, redactor también del VI, y prologada con un magnífico prefacio de D. Manuel Ferrer del Río— poseen una vitola que las alza sobre el mero valor del relato o crónica para incluirlas en el rango de una disciplina intelectual cultivada con autonomía científica. La búsqueda de fuentes, la movilización de materiales sobre una época que todavía no ha decantado sus características, son, en sus páginas, considerables. La finalidad ciceroniana en cuanto al mensaje transmitido es clara: el Estado liberal es ya una realidad institucional, pero aún no se encuentra por entero asentado en los espíritus. Más que aleccionadora, Clío en su laborar contemporáneo se convierte en propagandística. Si la conciencia de postración internacional y nacional es muy viva en la mayor parte de estos autores, no lo es menos la de creer que el nuevo régimen proporcionará al país sólidas bases para su resurgimiento. Las dos grandes familias del *establishment* compartirán tal ideario. Durante la plenitud del «concordismo» isabelino, Juan Rico Amat publicará su muy estimable *Historia política y parlamentaria de España* (Madrid, 1860-61, 3 vols.), en perfecta sintonía con el aliento que transita por la coetánea *Historia General de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, de D. Modesto Lafuente, poco después concluida (3).

---

(3) La opinión de MENÉNDEZ PELAYO sobre el «popular y bienintencionado historiador para uso de las familias» no era muy favorable: «Con sorpresa vemos citado, a cada momento, a don MODESTO LAFUENTE, cuya obra, meritoria sin duda y útil para las cosas de tiempos más modernos, carece de todo valor científico en sus primeros tomos». *Historia de los Heterodoxos españoles*, Madrid, 1963, VI, pág. 284 y *Estudios y discursos...*, V, pág. 283. «Mucho se ha escrito sobre tal materia en conjunto; pero la mayor parte de esas obras fueron simples manuales de segunda enseñanza, discretos algunos (Moreno Espinosa, Rafael Ballester, Aguado Bleye), adocenados los más. Las pocas obras de alguna amplitud fueron antiguas o anticuadas. De las escritas en el siglo XIX fue la mejor, la única original, de mérito, altura y bella forma, la de don Modesto Lafuente, a quien plagieron, fusilaron, saquearon y hasta copiaron al pie de la letra, no pocos profesores sin escrúpulos. Pero la Historia de Lafuente (...) estaba hecha con arreglo al patrón de su poca: era meramente política y militar, y, aun en estos sectores, sólo consignaba hechos; era lo que se llama historia externa.

El concepto integral y orgánico de la Historia, abarcando todas las actividades y todos los aspectos de la vida humana en su desenvolvimiento sucesivo, no aparece en la historia española hasta principios del siglo XX. Es su precursor y el primero que lo realiza don Rafael Altamira en su libro *Historia de España y de la civilización española*, heredero de Lafuente en personalidad y justo renombre.

Pero el libro de Altamira se dirigía al gran público; era deliberadamente conciso en la parte política y presentaba la Historia en conclusiones hechas, sin problemas controvertidos ni aparato bibliográfico». J. DELEITO Y PIÑUELA: «La aportación de don Antonio Ballesteros a la historia general de España», *Saitabi* (1949). Con lamentable —y muy sintomático—

Nota acusada si no esencial de la nueva mirada con que se contempla el pasado, será, como es sabido, el peralte de la identidad nacional. El romanticismo guarda aún cierta vigencia en la asunción del pasado; y la Edad Media española, época de enaltecimiento de la religión y de las libertades como fundente de la nacionalidad, es bienquista a todos. Aunque la andadura del país en el tramo más próximo no moviese a exaltación, justamente el empeño de edificar una robusta convivencia en el marco del constitucionalismo llevaba a los cultivadores de la historiografía contemporánea a resaltar el inolvidable servicio prestado por los españoles a la causa de la libertad europea con su heroico levantamiento contra las tropas de Napoleón. Catolicismo y amor a la independencia, los dos rasgos más salientes del carácter nacional, convergirán entonces, acrecentando un patrimonio moral sobre el que los doctrinarios de mediados de siglo proyectaban construir un patriotismo moderno capaz de mover al país a grandes hazañas.

## II. UNA OCASIÓN PERDIDA: EL FIN DE SIGLO O LA FRUSTRACIÓN DE UNA HISTORIOGRAFÍA MODERNA

Entre éstas no era la menor —en el terreno civil— la de crear una cultura en la que la historia formase el plinto de una cohesión social sometida ya a grandes desafíos por las hondas transformaciones que, pese a todo, comenzaban a afectar a la nación. En el camino iniciado en toda Europa en el decisivo decenio de 1870 para otorgar a la historia un estatuto de ciencia o al menos de disciplina social respetable intelectualmente, los que, *avant la lettre*, cabría denominar contemporaneístas contribuyeron en escasa medida. Las principales causas de esta ausencia quedaron ya apuntadas al hablar de un presente desvaído con relación a un pretérito enmarcado radiantemente en unos períodos seleccionados como los más prototípicos y legitimadores de la tradición —enfocada diversamente— desde la que la actualidad se explicaba y justificaba. Menéndez Pelayo con su *Historia de los Heterodoxos* daba estado académico y científico a la existencia de dos Españas que la honda crisis experimentada por el liberalismo de corte doceañista du-

---

error en la fecha de conclusión de la célebre *Historia* de Lafuente, el atrabiliario erudito y catedrático J. DE ENTRAMBASAGUAS, tonitronante discípulo del polígrafo santanderino, tenía una mejor opinión de ella que Menéndez Pelayo: «...en que, por primera vez, de modo sistemático, se va directamente a los documentos, utilizando sus datos con exactitud y ecuanimidad casi siempre, salvo en lo que atañe a las ideas de la época y del autor». «Panorama histórico de la erudición española en el siglo XIX», *Arbor*, 14 (1947), pág. 172. Para todos estos extremos será interesante la lectura de la obra de P. CIRUJANO MARÍN; J. ELORRIAGA PLANES; J. S. PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, 1991.

rante el sexenio, ante la emergencia del democratismo, había ya instalado en el terreno de la política.

En adelante, la historiografía contemporánea iba a abastecer de extensos y, a veces, no desbastados materiales a la controversia sobre el ser de España. Una propuesta centrista, que apelaba al mejor talante del doctrinarismo de mediados de siglo, fue la representada por la continuación de la obra de D. Modesto Lafuente apenas iniciada la Restauración. Todavía, según sus redactores D. Juan Valera, Andrés Borrego y Antonio Pirala, era posible una concordia liberal, reivindicando el espíritu del primer liberalismo. El escritor egabrense, que pilotaba y coordinaba la obra, era sin duda el más capacitado, por su innato escepticismo y ático estilo, para ofrecer una imagen del último segmento del pasado nacional en consonancia con las miras de un régimen que aspiraba a hacer de la discreción y la medida sus valores formales más cotizados. Bienhumorada, sagaz y elegante, la obra —transformada, a las veces, en fuente de gran interés— reconstruyó un ayer conturbado, de acuerdo, más que con los gustos, con las aspiraciones de una burguesía ilustrada y modernizadora (4).

Otra apelación semejante al retorno a una visión de la contemporaneidad española estimulante y social y políticamente cohesiva informó el magno empeño del general Gómez de Arteche que, en la década de la que hablamos, conocería un impulso decisivo: *Historia de la Guerra de la Independencia* (Madrid, 1868-1903, 14 vols.), en parte continuación actualizada de la también muy meritoria obra de José Muñoz Maldonado, aparecida en Madrid en el jánico año de 1833: *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1814, escrita sobre los documentos auténticos del Gobierno* (3 vols.). E incluso uno de los autores de la continuación de la obra de D. Modesto, el madrileño Antonio Pirala, pretendería, igualmente, con su *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil* (Madrid, 1876) —en buena medida prosecución de la *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*—, afianzar la interpretación del mensaje desprendido de la lucha por el triunfo del liberalismo así como de una cierta idea de España, que él, como tantos otros hombres de su generación, veía volatilizarse en el remanso de una Restauración que, paradójicamente, iba a asistir a su completa quiebra.

---

(4) J.M. CUENCA TORIBIO, *Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España*. Madrid, 1995.

En otra coyuntura crucial para su despegue, la historiografía contemporánea española vería truncado este importante *kairós* a causa de la absorbente impregnación ideologizada de la reconstrucción del pasado nacional, crecientemente realizada en las postrimerías de la centuria al servicio de causas partidistas y penetrada de un sectarismo igualmente en espectacular aumento. Desdichadamente, la cultura de la «edad de plata» carecería del vigor necesario —o, acaso, no le concediera la atención debida a tal actividad— para crear un clima propicio a los estudios históricos consagrados a la etapa más reciente, así como también para una recepción firme y continuada del modelo positivista nacido en las aulas de Alemania y Francia, primer jalón incuestionablemente hacia el carácter científico de la historia o, al menos, para su estudio acribioso y profesional (5).

Así, de forma más acentuada todavía que en países como Gran Bretaña, Francia o Alemania, la historiografía contemporánea verá aplazarse su cultivo riguroso y generalizado hasta adentrado el siglo XX. De otra parte, es bien sabido que la aparición y fortalecimiento de una escuela historiográfica digna de tal nombre sólo tendrá lugar en la España finisecular en el campo del medievalismo y como hijuela y prolongación de la historia del Derecho. Pero lo granado de esta corriente y el vasto horizonte sobre el que se proyectara el interés de sus miembros más eminentes, determinaron que la antigüedad tardía o los albores de la modernidad se beneficiasen del esfuerzo de los medievalistas, al menos de manera fragmentaria o espaciada con títulos en más de una ocasión destacados.

No ocurrirá igual con la historiografía contemporánea, relegada desde el período en que el positivismo otorga a la historia medieval española credenciales científicas a una posición de explícita aunque no declarada marginación. Si a mediados del siglo XIX su papel en el estudio del pasado inmediato hacía concebir las mejores esperanzas cara a su contribución al conocimiento de éste, el auge de la revolución positivista y la hegemonía universitaria del romanismo y el medievalismo de corte germánico harían que las plumas más prestigiosas rehuyesen todo contacto con un quehacer poco avenido con las pautas y patrones de una estabilidad, con denodadas

---

(5) Vid. el desdeñoso pero no desdeñable estudio preliminar a la *Historia de la Guerra...* de J. AROSTEGUI, Madrid, 1984. El trabajo de dos especialistas, I. PEIRO y G. PASAMAR: *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*. Madrid, 1996, es de muy provechosa lectura.

ansias de recibir las patentes de los saberes experimentales, por aquellas fechas enseñoreados del panorama científico.

Más para impedir que se acuse a estas modestas páginas de provocadoras o insolentes que por la importancia intrínseca que para nuestro estudio le concedemos, aludiremos al quehacer de los historiadores de la Institución Libre de Enseñanza, filoinstitucionistas y satélites más o menos cercanos a la poderosa órbita intelectual de D. Francisco Giner de los Ríos y sus seguidores, a la que en otros lugares hemos dedicado tanto espacio como atención (6). Aquí no lo haremos debido a que el contemporaneísmo no fue

---

(6) «Con él y con mi maestro mexicano, tan polémico hoy como hace más de cuarenta años, Edmundo O'Gorman, empecé el estudio de la historia intelectual de lengua española, concebida con mucha mayor amplitud —y quizá más rigor— que la usual "historia de las ideas". Está de más decir que la historia intelectual de lengua española, tropieza, allá y aquí, con una notoria ausencia instrumental: la carencia de biografías individuales de los autores considerados. Baste un ejemplo: no hay todavía una verdadera biografía de don Miguel de Unamuno, no obstante la enormidad de su figura (la de Emilio Salcedo es un loable comienzo) (...) El maestro O'Gorman (así como el malogrado historiador español Ramón Iglesia) denostaba, casi en cada clase, a los malignos "positivistas" que habían acumulado datos y materiales diversos, pero que no habían pensado sobre el significado de lo que encontraban en archivos y otros depósitos documentales. Me permití discrepar, en una ocasión, observando que los mentados "positivistas" apenas existían en los países de lengua española, y que me temía que se desanimara así a los jóvenes que quisieran dedicar su tiempo investigador a la humilde, pero sólida búsqueda "positivista". Esto es, las críticas de O'Gorman eran absolutamente válidas ... en Francia e Inglaterra (sin olvidar la Alemania de fines del siglo XIX). Pero en las provincias hispánicas de la civilización occidental, no podía "saltarse" la etapa de la reconstrucción positivista». J. MARICHAL: *El intelectual y la política en España (1898-1936). Cuatro conferencias*. Madrid, 1990, págs. 8-9.

Con relación a la segunda modalidad de la que se ha hablado, dos excelentes chequeadores de la historia contemporánea a finales del siglo XX escriben, reproduciendo y haciendo suyo el agudo juicio de COUTEAU-BEGARIE: «La historia de las mentalidades se impone en los años sesenta. Se transforma en el sector a considerar, aunque sufre de una clara falta de definición: "No existe un ámbito preciso de la historia de las mentalidades. Derivación de la demografía histórica, pero también de la historia social, ha sustituido, ampliándola, a la psicología histórica. La indefinición del concepto de mentalidad —rechazada por esta razón por diferentes autores: Robert Mandrou continúa siendo fiel a la denominación de psicología histórica y emplea por otra parte muy raramente el concepto de estructura mental— le permite englobar casi no importa qué tema: Philippe Ariès incluye en la historia de las mentalidades a la alimentación, que Jean Marie-Pesez coloca en la historia de la cultura material, sin que ninguna de las dos etiquetas sea falsa. Nos encontramos una vez más frente a un caso susceptible de diversas denominaciones, lo que confirma el carácter totalmente relativo de las subdivisiones comúnmente admitidas —lo que no impide que sean necesarias—. Se debería citar, dentro de la historia de las mentalidades a la mayor parte de los trabajos que están situados dentro de la historia social. Lo contrario también es cierto». G. THUILLIER y J. TULARD: *Cómo prepa-*

materia de su agrado o predilección en el terreno historiográfico, por lo demás, no muy transitado por sus miembros o adeptos, más inclinados a los estudios filológicos y jurídicos y, dentro del campo histórico, a las edades Media y Moderna. Ello ocurre incluso con la egregia figura de D. Rafael Altamira, renovador casi revolucionario de planteamientos y métodos, pero no muy imantado por el estudio científico de las cuestiones del tiempo presente y de sus raíces inmediatas (7).

En la vivencia gozosa de la restauración de la democracia, la egregia figura del alicantino fue objeto de comprensibles pero desconsideradas valoraciones. Así como a Menéndez Pelayo se le manipuló en los orígenes de la dictadura franquista para que su obra presidiese la reconstitución de la «verdadera» cultura española, al recuperarse las libertades ciudadanas se intentó, por influyentes sectores de la *intelligentzia* y la política, convertir a Altamira y Crevea en el guía y modelo del nuevo rumbo espiritual del país. No obstante, entre ambos había alguna distancia. Hace más de treinta años el actual patriarca de la historiografía andaluza, A. Domínguez Ortiz, en un artículo que suscribimos *ad integrum* y que pudiera reproducirse con ahorro de muchas de las presentes páginas, ponía medida y justicia en lo que un veintenio más tarde sería desmesura y énfasis en la ponderación del quehacer del gran intelectual alicantino: «Nuestro siglo heredó del anterior todos estos tipos de historia y le agregó otros nuevos. Exactamente en 1900 comenzó D. Rafael Altamira la publicación de una Historia de España en la que por primera vez lo que entonces empezaba a llamarse «Historia interna» (Instituciones, cultura, costumbres) aparecía como elemento esencial, y no en forma de cortos apéndices sobrepuestos a la narración de las vicisitudes político-militares; era también la primera obra de su clase que contenía una extensa bibliografía sistemática. Más adelante fueron completados sus

---

*rar un trabajo de historia. (Métodos y técnicas)*, Barcelona 1989, pág. 20. Pese a los impedimentos y limitaciones de la traducción, basta lo recordado para entender que aún es mucho el esfuerzo que ha de hacerse hasta llegar a una definición si no escolástica, al menos mínimamente clarificadora de una vertiente esencial de la reconstrucción del pasado.

(7) Aparte de las consideraciones estampadas en la *Psicología del pueblo español* (Madrid, 1997, 238 págs, introducción de Rafael Asín Vergara hasta la pág. 38, apéndices bibliográficos a partir de la pág. 205), las incursiones de D. Rafael por el campo estricto del contemporaneísmo fueron muy escasas, ya que, incluso, los volúmenes consagrados a la temática reciente en su emblemática Historia, se debieron a la pluma de Pío Zabala. El artículo de Altamira «Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1923), apenas si rebasa la veintena de páginas: págs. 178-85, 218-22, 47-56 y 86-8.

cuatro volúmenes con otros dos que D. Pío Zabala dedicó al siglo XIX. No es obra de investigación ni ha llegado a conquistar popularidad; el texto es denso, amasotado, los hechos no están expuestos con relieve y perspectiva. No se da el estado actual de las cuestiones. El estilo poco fluido y la falta casi total de ilustraciones contribuyen a hacer poco grata su lectura; pero la información es amplia; ciertas materias fueron incorporadas por primera vez a una obra de este tipo, y en conjunto no se puede negar al señor Altamira el mérito de haber sido un precursor» (8).

En los antípodas —en tal plano— se situaría el magno empeño de un estudioso y político —en su juventud— conservador, Antonio Ballesteros y Beretta, cuya célebre *Historia de España y su influencia en la universal*, iniciada en 1922, después de su extensa estadía en el *Alma Mater* hispalense, otorgará a la parcela contemporánea ancho, generoso y ajustado análisis, hasta el punto de que en ciertos pasajes, más que relato o estudio, se convierte en fuente, en especial, toda la segunda parte del reinado de Alfonso XIII (9).

---

(8) «Las más modernas historias de España». *Estudios monográficos del Centro de Orientación Didáctica*, núm. 481, Madrid, 1965, pág. 7. Al lado de este autorizado juicio, el hecho sobre D. Rafael por un afamado hispanista, Inman FOX, resulta muy desnortado en una obra frustrada y frustrante: «Sin duda alguna el historiador español de más importancia alrededor del cambio de siglo». *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid 1997, pág. 49. Como es habitual en su, ¡hélas!, perezosa pluma son, en cambio, muy agudos y... provocativos en más de un extremo los de A. ORTI: *En torno a Costa (populismo agrario y regeneración democrática en la crisis del liberalismo español)*. Madrid, 1997, págs. 391-72.

(9) «La Historia, como se entendía comúnmente, pecaba de subjetiva y personal (salvo en el caso de Altamira) El libro de Ballesteros es, por el contrario, todo él objetivismo, información, documentación minuciosa, ampliación del relato a todas las actividades humanas, aun en sus más íntimos repliegues. Hoy se exige al historiador que no afirme nada bajo su palabra, si ha de ser creída. Y Ballesteros va tan lejos en esta exigencia, que lo fundamental de su labor es apilar, con profija labor de benedictino, todo cuanto en España y en el extranjero se viene publicando sobre Historia española, en libros antiguos o modernos y en revistas. Y da la referencia exacta de: títulos, autores, lugares y fechas de publicación, así como de las novedades en contenido y criterio que aportan, inundando torrencialmente su obra en texto, notas, apéndices y suplementos, que forman una ingente moe bibliográfica. *Bibliografía en acción* llamé en otra parte al libro de Ballesteros, y repito el calificativo aquí. Digo *en acción*, porque el autor no hace, naturalmente, una enumeración escueta de trabajos, sino que nos refiere y extrae lo más jugoso y significativo de cada uno, y a la luz que le ofrecen todos ellos, construye por su cuenta el relato histórico severa e imparcialmente, teniendo en cuenta los distintos juicios y aspectos con que se enfocó cada cuestión, inclinandose, al plantearla, siempre al lado de las investigaciones más autorizadas y recientes, y dejando sin resolver, cual corresponde a un expositor honrado y sincero, los puntos contradictorios y dudosos, sobre los que no se ha dicho aún la última palabra. Nadie adivinaría en

En el año 1920, en tierras tan propicias, tiempo adelante, para el contemporaneísmo como las vallisoletanas, un benemérito catedrático y futuro rector de la Universidad Pinciana, Julián María Rubio, vio como aparecía en Madrid con documentación exclusivamente allegada en el Archivo Histórico Nacional su estimable libro *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812)* (304 págs., a partir de la 187 Apéndice documental). La semilla caería, como decimos, en buena aunque futura vesana. Los molinos de los dioses, decía nuestro contemporáneo Homero, trabajan despacio...

### III. LOS ALBORES DE UN CONTEMPORANEÍSMO RIGUROSO

El mismo significado y relieve que para la historia del Derecho y de la Edad Media tuvieron las décadas finales del ochocientos, ofrecen para la historiografía contemporánea «los felices veinte». Cuando éstos se hallaban a punto de perder tal semblante, apareció un cuarteto de obras de indudable enjundia y significado. En 1928 Melchor Fernández Almagro daba a la estampa en Barcelona el todavía útil *Orígenes del Régimen Constitucional de España* (181 págs.), reeditado póstumamente en 1976. En una época como la primorrriverista, en la que los espíritus identificados con la trayectoria constitucional anhelaban el retorno de las libertades, la síntesis del escritor, fustigadora de los indudables vicios del sistema, pero enaltecedora también de sus muchas virtudes, contribuyó a mantener la fe en sus virtualidades y en la

---

él al que fue político militante, bajo el análisis ecuánime e impersonal del historiador. Temas tan debatidos y apasionantes, como las luchas políticas y religiosas, la Inquisición, Felipe II, la expulsión de judíos, moriscos y jesuitas, las contemporáneas guerras civiles y las contiendas de partidos, no alteran su ecuanimidad. Se esfuerza siempre por reflejar lo que personas, hechos, creencias e instituciones fueron en sí, al margen de toda personal opinión». J. DELEITO Y PIÑUELA: «La aportación de don Antonio Ballesteros...». A fines de 1919, en el prólogo a la obra de Julián María Rubio citada a renglón seguido en el texto, A. BALLESTEROS escribía unas líneas en las que se reflejaba el cambio de paradigma historiográfico registrado en el cruce de siglo: «Huelga cuánto yo pueda decir sobre el particular; nada importa que yo proclame que el Sr. Rubio pertenece a la pléyade de jóvenes investigadores conscientes de su labor, enemigos del retoricismo hueco y de la sugestión de la letra de imprenta. El siglo XX nos depara esta generación animosa, de los que no temen al empolvado manuscrito, ni, azorados, huyen del archivo lóbrego que puede marchitar los años mozos. No, ¡gracias sean dadas!; tales supersticiones han muerto para siempre, ni el documento suele presentarse con envoltura polvorienta, merced al cuidado de solícito archivero, ni el depósito en que estudia es sitio desapacible y molesto». Pág. XI.

necesidad de su vuelta para el verdadero progreso del país. El ameno estilo de la obra sería un aliciente más para engolfarse en su lectura.

En la bibliografía española contemporánea el notario cordobés Juan Díaz del Moral tiene la rara fortuna de haber dado a su nombre una ancha irradiación a través de la publicación de un solo libro. La obra de tan extraño sortilegio es, naturalmente, la *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*. (Madrid, 1929; *ibid.*, 1973, 518 págs.); y pocos serán los estudiosos del pasado inmediato andaluz que no lo tengan como *vademecum* para orientarse en las peripecias de los movimientos contestatarios y de las protestas del mundo rural contra el orden establecido en la época de la Restauración alfonsina. Una ojeada a la publicística en torno a dicha cuestión nos hace rápidamente comprender lo justificado de su éxito editorial. Ni antes ni después de su aparición las causas y desarrollo de tales revueltas tuvieron analista más lúcido. Preocupados por su incardinación en las corrientes del mismo signo, los historiadores de la evolución del proletariado español en su doble dimensión industrial y agraria, urbana y campesina, han trazado una panorámica ideológica e institucional, con indudable preterición de lo que en actualidad más nos interesa de dicha trayectoria. Las verdaderas condiciones de su existencia, su cosmovisión, la carga infinita de idealidad y sacrificio que pusieron al servicio del triunfo de la justa causa que, no sin violencias ni desaciertos, persiguieran a través de una larga peregrinación por el desierto de la indiferencia, el egoísmo o la impotencia de las clases dirigentes. Todo, precisamente, lo que el lector encuentra en el espléndido libro del notario cordobés. Y narrado, por contera, con pluma vigorosa y clara en el mejor estilo noventayochista, dentro de cuya generación por más de un motivo cabe incluir a su personalidad (10).

Muy pocas semanas después de la caída del dictador jerezano, los círculos políticos e intelectuales se remecieron con la salida al público de *Al servicio de la Historia. Bosquejo histórico de la dictadura* (tomo I, 1923-

---

(10) Con evidente error de perspectiva TASTET DÍAZ pretendió ver en su abuelo un abanderado de los primeros brotes del andalucismo elitista del siglo XX. El procedimiento que emplea —una lectura *a posteriori* de algunos textos de D. Juan—, aunque muy utilizado por la seudohistoriografía, descarta toda verosimilitud a tan fantásica atribución. «Semblanza sobre la vida y obra de don Juan Díaz del Moral», *Revista de Estudios Regionales*, 4 (1979), págs. 295-7. Vid. al respecto las penetrantes consideraciones de M. TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, 1971, págs. 220-1.

1925, tomo II, 1926-1930) (Madrid, 344 págs., respectivamente). Su autor, Gabriel Maura Gamazo, duque de Maura, poseía para entonces una dilatada carrera de publicista y político notable. El primogénito del líder conservador se había granjeado un sólido prestigio de historiador del pasado medieval y moderno con exitosas incursiones por la más estricta actualidad —*Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre, doña María Cristina de Austria* (Barcelona, 2 vols., 1919 y 1925, reeditada precisamente en 1929)— debido a su amplia documentación y al asiduo comercio con la bibliografía más acreditada, y su pluma gozaba asimismo de fama tacitiana y conceptista. Todo lo cual se pondría de manifiesto de forma insuperable en la obra antedicha, cantera aún generosa, y no siempre reconocida, de los escasos especialistas de la primera dictadura española del siglo XX.

En 1929 se redactaba, al año siguiente aparecía en inglés y en 1931 se publicaba en castellano una de las obras de mayor impacto e influencia en la historia de la lectura en nuestro país: *España. Ensayo de historia contemporánea* (Buenos Aires, 1974, 10.ª ed., 729 págs.). Verdadero *best-seller* mundial a poco de su salida al público, probablemente sea el fresco de nuestro pasado más reciente de mayor irradiación. Consagrado a explicar históricamente la tragedia de 1936 a partir de su 3.ª edición (1942), el drama es esencialmente enfocado por sus investigadores más reputados con teorías e interpretaciones coincidentes con las sustentadas por Madariaga. A la tragedia se llegó, en sus motivos inmediatos y próximos, por la disipación del espíritu institucionista del diálogo, que tuvo su máximo reflejo en el Partido Socialista, cuya escisión entre rusófilos y socialdemócratas hendió la última esperanza de convivencia dentro de la República. Al margen de la valoración de sus análisis y aciertos, es evidente que en sus páginas se halla la más vívida y aleccionadora evocación de un ayer que quizá haya tenido en el escritor coruñés su reconstructor más intuitivo, sagaz y completo.

Con cierta indulgencia de los aristarcos, hagamos un hueco entre los libros áureos del trienio 1927-1930 para introducir en él las obras *El rey José Napoleón* y *El general Serrano, duque de la Torre* (Madrid, 1927 y 1929, 226 y 255 págs., respectivamente), del marqués de Villa-Urrutia, cultor de numerosos capítulos del pasado ochocentista, y uno de los primeros —en la cronología— de la pléyade de diplomáticos de carrera que han enriquecido y enriquecen con su trabajo la historiografía de la España contemporánea: José María Doussinague (se le encontrará especialmente por los caminos de

la España imperial), el marqués del Dessio, Miguel Ángel Ochoa Brun, Javier Rubio García-Mina (conocedor impar de la Gloriosa y la Restauración), Julio Albi y Leopoldo Stampa Piñeiro, sobresalientes polemólogos, etc. Más ágil y amenos unilateralizada que la primera, la segunda de las antecitadas obras de Villa-Urrutia formaba parte de una bien recordada colección de «Vidas españolas del siglo XIX», publicada por Espasa Calpe y merecedora, como decimos, de sincero aplauso por el interés y preocupación que denotaba hacia el cultivo de la historia inmediata. El censo de sus autores como el de sus biografías es muy amplio, ensanchado aún más cuando, ya en la República, abarcasen sus títulos a personajes americanos. Narrativa, cortical, de «clarines y timbales», de soldados y políticos, señala, pese a todos esos denuetos que hoy presenta para los sañudos apologetas de una historia «científica», un hito en el recorrido de nuestra disciplina, de la que varios de sus nombres posteriormente más destacados vieron surgir su vocación al socaire de la lectura del Castelar de Benjamín Jarnés, del Sagasta del conde de Romanones o del Avinareta de D. Pío Baroja. La vigencia «social» de estas obras en manera alguna debe preterirse por los historiadores profesionales. Su acezante lectura por considerables estratos de la España finisecular muestra, tanto la persistencia de ciertas sensibilidades estéticas y culturales, como la de los valores que atesoraban dichos libros. La reedición, por ejemplo, à *tambours battants*, en 1999, de la espléndidamente escrita biografía de uno de los aristócratas más famosos del siglo XIX da fehaciente testimonio de lo acabado de decir: *Riesgo y ventura del Duque de Osuna (Ensayo biográfico)*. Madrid, 1930, 276 págs., de Antonio Marichalar. El historiador es —debe ser—, también, alguien que haga soñar...

Antes de entrar —también al galope— en la próxima etapa de nuestro recorrido, no será quizá ociosa la mención de otro nombre: 1929 fue historiográficamente, en el rico *despegue* cultural de la Dictadura, un *annus mirabilis*, ya que, según se recordará, entre otros libros, aparecía en su transcurso *La España del Cid*, de D. Ramón Menéndez Pidal. En tono incomparablemente menor colaboró a ello la publicación de un estudio de gran trascendencia para el recto análisis del carlismo. Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, que ya había dado a luz en 1928 *La Princesa de Beira y los hijos de Don Carlos* (Madrid, 300 págs.), vio editado su *Carlos VII, duque de Madrid* (Madrid, 1948, 2.<sup>a</sup> edición, 171 págs.). Por fin —importa repetir—, un hecho estructural —y específico— de la contemporaneidad hispana comenzaba a entrar por los raíles del estudio académico.

## IV. EL CONTEMPORANEÍSMO DURANTE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA

Justamente meses antes de la instauración de la Dictadura, el catedrático valenciano Carlos Sanz-Cid enriqueció el menguado caudal de los estudios contemporaneístas con un sobresaliente trabajo acerca de la auténtica matriz del constitucionalismo hispano: *La Constitución de Bayona. Labor de redacción y elementos que a ella fueron aportados, según los documentos que se guardan en los Archivos Nacionales de París y los Papeles Reservados de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid* (Madrid, 1922, 504 págs., a partir de la 451 apéndices). Tan destacada obra no serviría, sin embargo, para deslastrar a la historiografía contemporánea del agobiante peso político que la acompañara desde sus inicios, confirmado, pese a su valor, por las obras anteriormente reseñadas. Con todo, aproado el país a un nuevo ciclo histórico con decidida apuesta por su modernización, la historiografía contemporánea contaba con algunos puntos de referencia y apoyo para acometer su rezagado despegue. Los anhelos depositados en la nueva coyuntura político-social no llegaron, desdichadamente, a cristalizar. En tanto que para algunas disciplinas muy relacionadas con la que nos ocupa, a la manera, por ejemplo, del Derecho político, los años de la segunda República supusieron la adultez, no acaeció igual en el terreno de aquélla, desprovisto de una roturación sistemática y epistemológicamente acreditada. Aquí y allá obras como las de Manuel Pugés —*Cómo triunfó el proteccionismo en España (La formación de la política arancelaria española)* (Barcelona, 1931, 306 págs.)—, Rafael García Ormaechea —*Supervivencias feudales en España. Estudios de Legislación y Jurisprudencia sobre Señoríos* (Madrid, 1932, págs.) (11)—, J. A. Galvarriato sobre *El Banco de España. Su historia en la centuria 1829-1929. Constitución, historia, vicisitudes y principales episodios* (Madrid, 1932, 416 págs.) o *El capitalismo español al desnudo*, de Antonio Ramos Oliveira (Madrid, 1935, 250 págs.) descubrían, al hilo de las preocupaciones

---

(11) Esta obra es contrapuestamente enjuiciada por dos de los más sobresalientes especialistas en el tema. Mientras que E. SEBASTIA DOMINGO la considera «segundo hito de la historiografía socialista española» y «obra fundamental» —«Crisis de los factores mediatizantes del régimen feudal. Feudalismo y guerra campesina en la Valencia de 1835» *apud La cuestión agraria en la España contemporánea*, Madrid, 1976, pág. 399—, S. DE MOXO escribirá «Esta obra reboza un apasionamiento propio de la época en que fue publicada; muy limitada en su concepción y medios así como desprovista de aparato crítico, aporta como valor más apreciable su recopilación de jurisprudencia». *La disolución del régimen señorial en España*, Madrid, 1965, pág. 22. No nos atreveremos a echar nuestro cuarto a espadas como *tertium gaudens*, pero tal vez tan disímiles valoraciones pudieran conciliarse en algún extremo, como la importancia de la documentación legislativa.

efervescentes del momento, tonificantes horizontes —asaltar la fortaleza de la historia económica contemporánea hasta entonces inexpugnable—; pero sin que se llegase en ningún momento a formar un auténtico tejido investigador y publicístico. Pese a ello y en la onda de un fenómeno aparecido en Europa con el éxito de la historia biográfica al estilo de Lyton Strachey o de los judíos centroeuropeos Stephan Zweigs y Emil Ludwig, el público hispano demostraría una intensa seducción por los temas del ayer más reciente. El éxito que acompañó a un libro en verdad notable, *Historia del reinado de Alfonso XIII* (Madrid, 1934; Barcelona, 1977, 4.ª ed., 488 págs.) y el que también obtuviera precedentemente otra obra hoy olvidada pero en grado sumo interesante, *Catalanismo y República española* (Madrid, 1932, 214 págs.) refrendaron, a su vez, el lugar de honor que en los estudios más ambiciosos ocupaba la vertiente política (12).

#### V. EL FRANQUISMO: ENTRE LA CESURA Y LA CONTINUIDAD

Al terminar la contienda civil nada hacía sospechar que el largo período de gestación de la historiografía contemporánea española estaba a punto de concluirse. Los estudios que en su ámbito se llevaron a cabo en los años del franquismo puro y duro no se alejaban de las roderas formales del revisionismo republicano; esto es, del compromiso partidista y del apriorismo unilateral. Sin engolfarnos aquí en su controvertida autoría, la primera historia contemporánea del nuevo acervo cultural, de ambición cronológica y dignidad expositiva, la debida editorialmente a la pluma de Eduardo Aunós —*Itinerario histórico de la España contemporánea (1808-1936)* (Barcelona, 1940, 497 págs.)— malbarató, en efecto, la mayor parte de sus aciertos con la apología desapoderada de la visión melendzpelayista entonces imperante y la crítica *au noir* del régimen liberal. Las envidiables dotes literarias, el notable grado de su información y el empeño sistematizador de su autor veían anulados una buena porción de sus logros por su intención deturpadora (13). Desde un cuadrante menos exigente, cosa no distinta cabría afirmar de la obra de otro gran escritor catalán —uno de los más grandes prosistas en castellano y catalán del siglo del que fuera lúcido testigo—

---

(12) [...] «he de decirte, en resumen, que veo la caída de la Monarquía, como un hecho necesario y una sanción histórica al fracaso de una institución sin salvación posible». *Epistolario Melchor Fernández Almagro-Antonio Gallego Burín (1918-1940)*. Granada, 1986, pág. 128.

(13) Acerca de la autoría de la obra de Aunós, vid B. DE RIQUER: *El último Cambó*. Barcelona, 1997, pág. 142, con una inexacta datación de la obra en 1941.

acerca del tensionado transcurrir de la segunda República. A pesar del paso del tiempo y de la afortunada profundización en el análisis de dicha etapa, en la *Historia de la Segunda República española* (Barcelona, 1940-1, 4 vols.) de Josep Pla encontrará el lector enfoques y semblanzas tan útiles como frutivos. Consideración semejante cabe hacer —amortiguado el diapasón elogioso— de otro título coetáneo con pretensión globalizadora: *La Historia Militar de la Guerra de España*, de Manuel Aznar (3.ª edición, Madrid, 1958, 1961 y 1963, 3 vols., 520, 457 y 407 págs.). Gangueada fuertemente por su proclividad ditirámica hacia el «Caudillo», del que se enaltecerán sus dotes castrenses y gobernantes, esta síntesis implica, no obstante, una decidida intención de convertir en historia lo que hasta entonces se cultivara como crónica o glosa de la actualidad. Excelentemente escrita, la visión de conjunto no carece de valor por la acertada composición de los diversos escenarios bélicos y la puntualidad de su documentación castrense.

Auras guerreras penetraban también las páginas de otro libro escrito bajo el impulso de la victoria de la España de Franco. Una de las fuerzas que más había contribuido a ésta y que menos se aprovechó de su triunfo pudo, a partir de la *Historia del carlismo* (Madrid, 1939; 2.ª edición, Madrid, 1969, 553 págs.) de Román de Oyarzun, disponer de una seña de identidad bibliográfica que reunía los requisitos mínimos para sobrepasar el radio de partidarios y simpatizantes. No puede decirse lo mismo de la, en conjunto, adocenada *Historia del Tradicionalismo español*, de Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José Francisco Acedo (14), que comenzó a publicarse en Sevilla en 1941 y acabaría también de editarse en la capital andaluza en 1979, teniendo como único redactor a Ferrer a partir del tomo XII hasta su conclusión en el XXX. (Mediocridad, dicho sea entre paréntesis, aunque mereciera todo un largo párrafo, que no ha de extrañar si se repara en que, sesenta años más tarde, tanto las instituciones fundamentales del país como los grandes novimientos ideológicos, políticos y sociales carecen en casi su totalidad de historias de nivel siquiera discreto).

Los libros mencionados constituyen una pequeña fracción de los aparecidos al calor de la contienda. Como era lógico esperar, tanto en España

---

(14) Al enjuiciar F. ELIAS DE TEJADA su valor, el hombre de partido sobrepasaba al intelectual: «...Dicen los doctísimos historiadores Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo, al estamparlo (El Manifiesto de los Persas) en uno de los apéndices al tomo I de su benemérita *Historia del tradicionalismo español*». Apud *La Monarquía tradicional*, Madrid, 1954, pág. 64.

como fuera de ella, la guerra suscitó coetáneamente una caudalosa bibliografía, entre cuyos títulos muy pocos o ninguno pueden compararse en vibración humana y palpito emotivo —valores también historiográficos...— al de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles* (Buenos Aires, 1940; Barcelona, 1977, 3.ª edición, 618 págs.). En una literatura que, en conjunto, sólo conserva su valor testimonial, la obra del gran periodista bilbaíno es de cita obligada para el estudioso de comienzos del siglo XXI, no tanto, claro es, por su enjundia, como sobre todo por los rasgos ya mencionados.

#### VI. LOS FUNDADORES DEL CONTEMPORANEÍSMO ESPAÑOL: JAUME VICENS VIVES Y JESÚS PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA

Las obras acabadas de mencionar, así como otras muchas del mismo género y temática, volvieron a encarecer la necesidad, en los primeros años de la postguerra, de que la historia contemporánea llegase por fin en España a la madurez, con su arribada a un estadio intelectual solvente y fecundo. La coyuntura no era, ciertamente, en exceso propicia. Una dictadura férrea no favorece, obviamente, el desarrollo de los estudios críticos sobre el pasado reciente. No obstante, los tiempos estaban ya en sazón, sobre todo, por la acumulación de esfuerzos y, muy en particular, por el notable empuje de cátedras y laboratorios universitarios en los que ni siquiera el trauma dramático de la guerra civil había establecido una ruptura paralizante. Gracias en especial al trabajo de dos historiadores ideológica y socialmente diferenciados, la historiografía contemporánea iba por fin a profesionalizarse. Sin monroísmo ni exclusión alguna, antes bien con el aplauso al quehacer de eruditos y cronistas rigurosos, ambos asentarían los reales de la historiografía contemporánea en el *Alma Mater*, mediante el previo y universal reconocimiento de las esferas científicas y académicas. Al comenzar la década de los cincuenta, la historiografía contemporánea se introducía en el elenco de las actividades científicamente fecundas y socialmente valoradas.

Un decenio atrás se había abierto paso con dificultades en la enseñanza superior al crearse, en 1942, las cátedras de Historia Moderna y Contemporánea. Prueba irrefragable de la preterición en la que la contemporaneidad se hallaba arrinconada es que la mayor parte de los titulares de dicha disciplina consagraran sus energías a la España de los Austrias y primeros Borbones. Casi desde el arranque del novecientos existió en la Universidad denominada Central una cátedra específica de Historia Contemporánea, pero sus ocupantes apenas si acrecentaron su bibliografía con obras de alicorta divulgación. Tal sería el caso de Pío Zabala, rector de la mencionada

Universidad durante el primer franquismo. En efecto, su *España bajo los Borbones* (Barcelona, 1926) no pasa de ser un manual de corralesno vuelo; aunque es cierto, empero, que su *Historia de España. Edad Contemporánea* (Barcelona, 1930, 2 vols. I, 521 págs.; II, 442 págs.) no se muestra desprovista de claridad y de un loable afán de sistematización y objetividad, así como de una noble apología de un liberalismo del mejor corte moderantista. De cualquier modo, su irradiación no guarda relación directa con sus valores, extremo, por lo demás, común a los manuales y síntesis divulgativas debidos al profesorado de las grandes universidades, singularmente, en un tiempo en que las empresas editoriales radicaban de modo exclusivo en Barcelona y Madrid.

En la mortecina atmósfera que rodeó el surgimiento de la historiografía contemporánea se comprende sin mayor esfuerzo el impacto que causara la irrupción en ella, por los días mismos del apogeo de la *blitz krieg*, del sevillano y miembro destacado de la antigua CEDA, Jesús Pabón, y del gerundense Jaime Vicens Vives. Uno y otro no dejaron el comercio con las imprentas, ya iniciado en los días de la República, ni siquiera en los años de la guerra civil. En Burgos, donde estaba destacado como integrante del gabinete de estudios que asesoraba el trabajo propagandístico de Dionisio Ridruejo, publicó — en 1939 — el primero *Diez figuras*, galería de retratos al aguafuerte de algunos de los políticos que dominaban el Viejo Continente en vísperas de su gran suicidio — Chamberlain (los tres, el padre y los dos hermanos...), Blum, Stalin, Eden, Hèrriot, Daladier...

A su vez, el segundo alumbró editorialmente su importante tesis doctoral sobre *Ferrán II i la Ciutat de Barcelona, 1479-1516*, (Barcelona, 1936-7-8, 3 vols., 426, 418 y 508 págs. respectivamente), en la que, en un clima hostil, emprendía una de las muchas desmitificaciones que llevara a término sobre el pasado de su idolatrada región. Acabado el conflicto civil, represalias y censuras severas pero no aniquiladoras le sirvieron de estímulo negativo para su trabajo de galeote, del que la historiografía española entrojara serondos frutos. Ulteriormente muy criticada, condenada a la *damnatio memoriae* y suprimida del nutrido catálogo de su selvática producción por manos de un celo desnortado, su *España. Geopolítica del Estado y del Imperio* (Barcelona, Ed. Yunque, Col. Formación, abril, 1940, 215 págs.) daba plenamente en la diana de las preocupaciones de las élites políticas e intelectuales del inicio de los años cuarenta, conquistándole a su autor cierta fama en las potencias fascistas (15). Recha-

---

(15) J. M. MUÑOZ I LLORET englobará este período de la vida del historiador gerundense, con un adarme de sensacionalismo periodístico, bajo el epígrafe «Els anys adversos».

zable incluso en más de un extremo por sus peligrosas colindancias con ciertos hegemonismos execrables, era un libro de historia contemporánea plenamente europeo, no sólo por la temática sino, singularmente, por el método y tratamiento. La contemporaneidad no excluía la primera, pero sí la esencializaba y nucleaba. Certeramente, el estudio de las etapas anteriores se ponía al servicio de la presente con el fin de explicarla y, de ser posible, comprenderla. En medio del ruido de la guerra y el hervor de las pasiones, el libro supuso una estimable contribución de racionalidad y saber humanístico en un asunto, bajo distintos ropajes, siempre en el candelero de la política internacional; y, por consiguiente, en las preocupaciones de los ciudadanos, a las que, indeficientemente, a lo largo de una carrera comprensiblemente algo tornasolada por la rudeza de los tiempos, procuró servir

---

*Jaume Vicens i Vives (1910-1960). Una biografía intelectual.* Barcelona, 1997. En la magnífica y, en una pluma de ordinario frígida, tremante semblanza que trazase, en Roma, dos meses después de la muerte de Vicens, su condiscípulo, el actual patriarca de la historiografía catalana M. BATLLORI, para la revista ignaciana *Razón y Fe*, se afirmaba: «Es muy aventurado hipotetizar acronías. Pero me parece seguro que sin las dificultades que hubo de superar Vicens desde 1939 hasta que en 1947 gana la cátedra (...) tendríamos un Vicens y Vives muy diferente del que acaba de dejarnos». Reproducido en la presentación del *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, 1965, I, pág. XII, y recogido finalmente en *Galería de personatges. De Benedetto Croce a Jaume Vicens Vives*. Barcelona, 1975, pág. 241. Sigue empantanado en el terreno del tópico J. MARICHAL: «Entre 1939 y 1947 Vicens Vives se vio cerrado el acceso a las cátedras universitarias y en 1942 fundó la Editorial Teide: fueron años de espera que no resultaron vanos dado que Vicens Vives escribió numerosos libros de texto (aprendiendo así a dar a sus conocimientos históricos proyección "popular") y conoció de primera mano las realidades económicas del país». *El nuevo pensamiento político español*, Méjico, 1966, pág. 43. Aunque más propio, tal vez, de las notas siguientes dedicadas al escolio de la obra vicensiana, la brevedad de la presente aconseja incluir la descripción de un estado de espíritu muy extendido hoy en muchas zonas y ambientes de la nación española: «Yo al hablar de la guerra, de nuestra guerra civil (...) no quisiera caer en un error muy común, producido en parte por cierta dosis de perspectiva temporal y en parte por un absurdo deseo de «quedar bien» consigo mismo. Quiero referirme a que la gente explica sus sentimientos no como realmente fueron, sino como les hubiese gustado que hubiesen sido. Un industrial y hasta cierto punto banquero barcelonés, tiene la costumbre de explicar innumerables veces (...) sus «encontrados sentimientos» ante la entrada en Barcelona de las tropas nacionales el 26 de enero de 1939. Su narración estriba en dar cuenta a su(s) sufrido(s) interlocutor(es) del hecho de que sí por un lado se alegraba de alcanzar el fin de una pesadilla (...), por otro «sentía la angustia» de ver «su Cataluña» ocupada por un Ejército. La verdad es que el metalúrgico-bancero-tostón, debió salir a la calle aclamando a las fuerzas del general Solchaga y prometiéndose (en evidente exceso y confusión propia) no escuchar nunca más «L'Emigrant». Después ha compuesto una figura retórica y literaria cuya única razón de ser es que ha acabado por creerla él mismo. Su caso no es único y es propio Juan Reventós en su libro «Dos infants i la guerra» incide en una postura parecida». J. A. LINATI BOSCH, *Memorias sin remedio*, Barcelona, 1984, págs. 205-6.

la envidiable obra del maestro catalán, según su reiterada y hasta machacona confesión (16). En 1950, en otra ladera de su biografía, asentado ya firmemente en la tierra de su oriundez —dos años más tarde publicará esa pequeña obra maestra que se llama *Noticia de Cataluña*—, coincidiendo por azar, conforme a su insistente afirmación, con las tesis de F. Braudel sobre el espacio y la acción histórica, Vicens entregó a la imprenta *Tratado general de Geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico*, (Barcelona, 1981, 5.ª ed., 242 págs.). La forma y parte del contenido eran diferentes a las del libro de un decenio atrás, pero la intención no había variado sustancialmente. Su temática sería la más glosada y referenciada por su incesable pluma y la más presente en su biografía intelectual (17).

---

(16) A manera de confidencia personal sobre la deriva geopolítica en la obra del catedrático gerundense *vid. Mil lecciones de la Historia. Desde los albores de la Humanidad hasta la actualidad. Obra Completa. 2.* Barcelona, 1971, págs. 36-9. Por lo sustancioso de su pensamiento y, aún más quizá, por lo instructivo de una palinodia matizada, no dudamos en reproducir parte de su extensa confesión ulterior: «Cuantos se han interesado en los últimos años, repletos de acontecimientos a menudo indescifrables, por el desarrollo de la Geografía Política y de la Geopolítica, y no han tenido más ventanas para asomarse a esta última que bastardeados manuales, han echado quizá de menos que nuestra pluma no terciara en la palestra. Y ello por el simple título de haber publicado en 1940 una obra («España. Geopolítica del Estado y del Imperio»), con muy distintos fines [...]. Exposición aquella harto breve, sujeta a posibles deformaciones interpretativas [...]. Un huracanado proceso la arrebató del puro campo erudito [...] y, a través de determinadas presiones políticas —concretamente del partido nazi alemán—, fue levantada hasta los más altos gallardetes de la ciencia geográfica [...]. El vértigo de la altura mareó a los geopolíticos alemanes, quienes se sometieron, algunos de grado, otros por fuerza, a las tonitronantes directivas que les llegaban del Ministerio de Propaganda del III Reich [...]. Habíamos querido bautizar este libro sustituyendo la palabra Geopolítica por Geohistoria. Como se explica en el texto, la Geopolítica, que interpreta el pasado geográfico e histórico para justificar la actualidad, adolecerá siempre del inminente peligro de caer sojuzgada bajo la presión de un régimen totalitario triunfante». *Tratado general de Geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico.* Barcelona, 1972, págs. 5-6 y 8. El texto reproducido pertenece al prólogo de la primera edición de 1950.

(17) «En la actualidad sería empeño quimérico pensar en una restauración integral de este conjunto geopolítico, que se hizo posible por una eventual decadencia de Italia. Sin embargo, en un momento de revalorización mediterránea, España no puede olvidar su rango tradicional en las aguas del mar que antaño señorearon sus naves catalanas y levantinas. Un nuevo impulso vital ha de permitir la superación de las vacilaciones que arruinaron una obra de siglos. Con su aportación espiritual y humana, España puede contribuir al resurgimiento pleno de las posibilidades mediterráneas en el marco de los pueblos estrictamente mediterráneos». «Algunos caracteres geopolíticos de la expansión mediterránea de España», *Geopolítica*, XIX, (Milán, 1941), *apud* J. VICENS VIVES, *Obra dispersa. España, América, Europa*, Barcelona, 1967, pág. 8. En nuestro trabajo «La obra historiográfica de Florentino Pérez Embid», gran amigo del historiador catalán, hemos tratado más detenidamente del tema y a él nos permitimos remitir. En el no demasiado acribioso *Epistolari de Jaume Vicens*

Hasta 1948, en que, tras su fugaz pero muy hondo paso por la Universidad zaragozana, ocupara la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Barcelona —la misma que obtuviera en la Facultad de Filosofía y Letras del *Alma Mater* cesaroaugustana—, continuó Vicens ensanchando los horizontes de la disciplina de la que nos ocupamos. En publicaciones de alta divulgación, ensayos y manuales —el consagrado a la *Historia General Moderna: Del Renacimiento a la crisis del siglo XX* (aparecida en Barcelona en 1942, conoció diversas ediciones y se recogió finalmente en *Obra Completa*, no muy cuidada, Barcelona, 1971, I, 1255 págs.) no ha sido, en verdad, superado en cuando a claridad expositiva y agudeza interpretativa— realizó mil y una catas sustantivas para la aclimatación científica de lo que hasta entonces había sido una flor de estufa en el marco intelectual de la nación.

Hasta su prematura muerte —28-VI-1960—, Vicens fue fiel al legado y enseñanza de sus maestros y cultivó, por ende, con preferencia los siglos bajomedievales y de la modernidad. Pese a que incluso la Prehistoria le era muy familiar por la indeleble huella de la docencia de su admirado maestro D. Pedro Bosch Gimpera y a que la baja Edad Media le sedujera hasta su muerte, los tiempos modernos, los comprendidos entre el Renacimiento y la Revolución francesa, constituyeron su territorio de caza por excelencia. Allí su espíritu vinciano —poseía grandes conocimientos en las matemáti-

---

Vivés, Girona, 1998, II, las cartas que éste dirigiera a tan significado miembro del *Opus Dei*, muestra dicho afecto. Págs. 313-28. La correspondencia sólo comprende los años 1951-58. Con todo, no han de perderse de vista las razones «tácticas» que, en un hombre como Vicens que tenía como mote «*Super adversa augerit*», podían alimentar dichos lazos. Cfr. al respecto el testimonio de Joan Connelly Ullman —autora de un libro tan pandereteado como infirme acerca de la Semana Trágica y el anticlericalismo—, reproducido por J. M. MUÑOZ I LLORET, «Vicens Vives i el «redreç» burgès: L'exemple d'Itàlia», *L'Avenç*, 218 (1997), pág. 72.

En una semblanza dibujada con acuidad y tremante sensibilidad telúrica, pero horra, en más de un extremo, de información y algo sobrada de olvidos, un joven y combativo historiador, B. de RIQUER I PERMANYER, afirmará enérgicamente: «Realmente causa asombro contemplar lo que llegó a hacer y publicar este brillante historiador catalán en el escaso medio siglo de su existencia (...) Por todo esto es obligado señalar que ningún historiador contemporáneo catalán, e incluso me atrevería a decir, español, ha tenido la proyección y la influencia que tuvo Vicens en la sociedad y el mundo intelectual de su época. Y además, Vicens fue el iniciador de la apertura exterior de la historiografía española tras la guerra civil y en los años cincuenta era uno de los pocos historiadores españoles con auténtico reconocimiento y prestigio internacional». «Jaume Vicens i Vives: renovación metodológica y responsabilidad social». *Revista de Occidente* 152 (1994), pág. 141.

cas superiores— respiraba a pleno pulmón y encontraba la época más creadora del alma europea, de la que, sin ignorar sus sombras, fue entusiasta cantor. En la síntesis del legado del quinientos y el mensaje de las revoluciones del XVII y XVIII hallaba Vicens su ideal histórico y, acaso, también personal. La aportación del cristianismo —exaltada en su obra con lenguaje que hoy ruborizaría a fundamentalistas e integristas— se sumó entonces con armonía a la de la etapa que quizá presenciara el mayor crecimiento de la civilización occidental en su lucha por el progreso material y las libertades sociales.

Al final de su fecunda existencia pareció que su esteva iba a roturar en adelante con exclusividad el campo de la contemporaneidad. Ciertos atisbos pudieron columbrarse en 1954 cuando publicara un extenso e iluminador artículo: «Coyuntura económica y reformismo burgués», *Estudios de Historia Moderna*, 4 (1954), págs. 351-91, indicio, junto con otros —significativo desplazamiento, en su labor de crítica bibliográfica en revistas de divulgación y especializadas, de la modernidad a la contemporaneidad; planes y proyectos—, de la preocupación creciente de su espíritu por explicar y explicarse las raíces inmediatas de una Cataluña a la que quería ver catapultada hacia las empresas del futuro. A finales de los años cincuenta se observará en su producción el presentimiento y, en ocasiones, la conciencia de que el país va dejando atrás la herencia más negativa de la guerra civil, siendo tan necesaria como urgente su reinstalación europea. El despeque del desarrollo coincidiría en su pensamiento con la carta de naturaleza de una «nueva historia» cuyas bazas y frutos se habían de exponer primordialmente en el cultivo intensivo de un contemporaneísmo, sacrificado en los decenios anteriores al fomento y expansión de la historiografía de etapas precedentes —el primer volumen de la *Historia de España* de D. Ramón Menéndez Pidal consagrado a la contemporaneidad, *La España de Fernando VII* de Miguel Artola, se publicaría en ¡1968! treinta y tres años después de haber aparecido el primero—. Así, en el último lustro de la mencionada década todo invitaba y todo impulsaba a Vicens a descender a la arena de la historia contemporánea. En cualquier caso, la espera sería corta. Su ya clásica contribución a la obra por él dirigida —*Historia social y económica de España y América*— y su sugestivo *Industrials i Politics*. (Barcelona, 1959, trad. castellana, con un magnífico prólogo de su discípulo Emili Giralt Raventós, *Cataluña en el siglo XIX* (Madrid, 1961, 452 págs.) demostraban poco antes de su fallecimiento que sus talentos iban a dar a la historiografía contemporánea frutos múltiples y sazonados. A las veces, singularmente, cuando se recogieron en el laberinto de la modernidad, aparecen zocateados por las urgencias y los unilateralismos, producto a menudo, paradójicamente, de aquel ideologis-

mo al que siempre declaraba guerra sin cuartel (18). Pero ello no pasó de ser por fortuna, un aspecto adventicio, yedra de un roble hercúleo.

Jaume Vicens Vives, atlante del friso de la cultura española del siglo XX, fue la voz de toda una historiografía. A partir de su obra ya no pudo hacerse, sin mala conciencia, una cierta historia (19).

Camino divergente en lo personal, paralelo en lo científico, siguió la travesía del otro fundador de la historiografía contemporánea. Sin ser objeto en la postguerra de persecución ni depuraciones, pero tampoco sin ocupar el puesto político y administrativo al que su pasado parecía señalarle, apenas posesionado de su cátedra de Historia Contemporánea en la Universidad Central, Pabón dio a luz el primer volumen de *La Revolución portuguesa. De don Carlos a Sidonio Paes*. Vol. II: *De Sidonio Paes a Salazar* (Madrid, 1941 y 1945, 382 y 391 págs.). Amigo de la *vita umbratellis* pese a su enorme interés por la prensa y la información —director de *El Correo de Andalucía* en la segunda

---

(18) En una reciente entrevista afirmaba el P. BATLLORI: «Molts tenien la certesa que Angleterra no podia perdre la guerra. A mi m'encomanaren el dubte. El fet de no formular-se'l fou potser el gran error de Vicens Vives, que era un gran amic. Ell estava convençut que la guerra la guanyaria Hitler i que per tant el règim de Franco quedaria a Espanya. Això el va condicionar moltíssim.

F [rancesc]. V [alls]: *Vicens Vives té un decantement cap a la geopolítica molt germanòfil.*

M. B. Ell no era nazista, però estava molt interessat en la geopolítica de Hitler». *L'Avenc*, 234 (1999), pág. 47. «El Vicens maduro seguramente pensaba al respecto lo mismo que en sus primeros trabajos (el censurable, por inexacto, apriorismo nacionalista al enjuiciar negativamente la obra catalana de Fernando el Católico o Felipe V). Sin embargo, acabó cayendo en patentes distorsiones y contradicciones (denunciadas en algún caso hace tiempo) al escribir sobre diversos acontecimiento de la historia catalana. La pasión nacionalista, la "sensibilitat catalanesca", también acabó obnubilando, en ocasiones, la razón del gran historiador que fue Vicens». L. GONZÁLEZ ANTÓN, *España y las Españas*. Madrid, 1997, págs. 162-3.

(19) Su coterráneo Josep Pla aumentaría su habitual registro mesurado para ensalzar con frecuencia *et abundantia* las grandes cualidades historiográficas de Vicens Vives. A modo de cata muy expresiva *cfr. Obras Completas*, XVI, págs. 17, 94, 100-125; XXXII, págs. 7, 105; XXXVIII, pág. 107. Este le pagaba con la misma moneda, conforme al también abundoso testimonio del *Epistolari* antecitado.

Señalemos, por último, que no figuran entre las páginas más sagaces y documentadas de las escritas por M. TUÑÓN DE LARA las dedicadas a Vicens y a parte de su escuela en «Problemas actuales de la historiografía española», *Sistema*, 1 (1973), así como tampoco es muy feliz y documentado su análisis por una pluma siempre correcta y porosa, E. DÍAZ: *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*. Madrid, 1974, págs. 113-6.

República y presidente del consejo de administración de la estatal Agencia Efe a comienzos de los sesenta—, la entrada del profesor sevillano en la historiografía contemporánea significó un auténtico maremoto (20). No sólo acometía, provisto de todos los requisitos, una ambiciosa empresa, sino que ésta se situaba fuera de las fronteras nacionales, bien que fuese en el fraterno Portugal. Críticos apresurados, ya que en manera alguna tendenciosos, hacen en nuestros días consideraciones desprovistas de exactitud respecto a un libro con innegables defectos —acusado apriorismo monárquico y extemporánea profesión de fe religiosa, sobre todo— y amplias lagunas —comprensibles en la situación en que se elaboraba—, pero cuyas limitaciones resultan inferiores a unos méritos que provienen del dominio de una vasta bibliografía, capacidad de síntesis y fineza de argumentos. El valor de sus dos volúmenes resulta, por lo demás, fácil de calibrar al cotejarlos con los dedicados por la historiografía lusitana más reciente al mismo período.

Que la apertura intelectual de Pabón no era casual o limitada lo evidenciaría palmariamente su duro trabajo en una época descrita posteriormente, por plumas intonsas, como una paramera o erial. La Francia napoleónica —*Las ideas y el sistema napoleónicos* (Madrid, 1944, 167 págs.)—, el zarismo y la revolución rusa —*Zarismo y bolchevismo*, (Madrid, 1948, 217 págs.), *Bolchevismo y literatura*, (Santander, 1949)—, la segunda Guerra Mundial —*Los virajes hacia la Guerra (1934-1939)*, (Madrid, 1946, 237 págs.)— cayeron, junto con otros temas de igual entidad, bajo las redes de su entusiasmo y pasión por hacer inteligibles al lector español las claves del acontecer contemporáneo. Liberal conservador, creyente en el papel de fermento de la vida pública que podía representar un cristianismo de talante social, y envuelto en tormentas familiares por el desgarrar de las luchas políticas de su juventud, la Revolución con mayúscula se convertiría en polo magnético de sus trabajos y reflexiones sobre la España y el mundo por él vividos. Con incursiones más o menos prolongadas, nunca se mantuvo alejado de su territorio y sería

---

(20) «Tomados en cuenta esos antecedentes biográficos de Jesús Pabón, se comprende bien que la única vocación capaz de atraerlo con fuerza irresistible, haya sido la del historiador, reforzada por la del hombre público. La práctica simultánea de ambas actividades, indicada donde quiera, no llega a ser indefectible, porque, mientras el cultivo de la historia demanda reflexión, que es labor de entendimiento, el de la política requiere dinamismo, que ha de ser obra de la voluntad, dándose rara vez en un mismo sujeto la nivelación equilibrada y fecunda de esas dos potencias del alma.

Ninguno de mis lectores ignora que, en uno y otro respecto, tras de figurar Jesús Pabón entre los muchos llamados, contó y cuenta entre los pocos escogidos». DUQUE DE MAURA, «Prólogo» a la obra de J. PABÓN, *El drama de Mosén Jacinto*, Barcelona, 1954, pág. 6.

muy factible, al hilo de su obra completa, construir toda una teoría o tipología del fenómeno, a la manera de como lo realizaran otros pensadores y escritores que figuraron entre sus predilectos. En *Franklin y Europa (1776-1785)* (Madrid, 1957, 200 págs.) hay un esbozo de ello acometido por su propia pluma, aunque sólo *in nuce*; mas acaso suficiente para ver la atracción que el tema ejercía sobre sus inclinaciones intelectuales (21). Su pasión más que su interés por la historia de Inglaterra —superpotencia que adquiriera tal rango sin conocer experiencias de dicha índole— se explica también a la luz de aquella idea-madre de su pensamiento historiográfico, imantado igualmente por su reverso: la legitimidad y sus intentos de restablecerla —reacción o restauración— en los países en que se quebró la titularidad monárquica, de viejo o nuevo cuño —*La otra legitimidad* (Madrid, 1965, 280 págs.); «Talleyrand, en el trance decisivo», *apud Homenaje a Don Ramón Carande* (Madrid, 1963, I, págs. 175-230)— (22).

---

(21) «La Revolución es —quiere ser—, históricamente, una solución de continuidad. Propugna, socialmente, un retorno a los orígenes. Es, moralmente, maniquea; es decir, se cree, no sólo en posesión de la verdad, sino que pretende imponer el imperio de la virtud. Constituye, políticamente, una contradicción, en cuanto se sostiene mediante el incumplimiento de sus principios. La mecánica de su Poder es, en definitiva, el Terror», pág. 150. El párrafo «Revolución y Tradición», págs. 131-150, se reproduce, sin aclaración alguna y *ad integrum* en el núm. 33 (1957) de la revista *Nuestro Tiempo*, págs. 257-74. Más tarde —prueba inequívoca de la trascendencia que al tema daba nuestro autor— el tan reiteradamente mencionado trabajo abría su obra miscelánea *Días de Ayer. Historias e historiadores contemporáneos*. Barcelona, 1963, págs. 19-30. Justamente en el prefacio de dicho libro, aclaraba así Pabón su propósito: «No he pretendido puntualizar, filológica o filosóficamente, la significación de la palabra, sino establecer los rasgos esenciales y reales de la Revolución, obtenido en el estudio de la Historia de la Europa Moderna», pág. 13. Su máximo discípulo, Carlos Seco, ha escrito, por su parte, comentando el prólogo que Pabón redactara para la edición española de la biografía de Lenin debida a Trosky: «¿Quién hubiera supuesto entonces que la semblanza del gran revolucionario ruso sería su último ensayo histórico publicado (Barcelona, 1973)? Y sin embargo, este brillante trabajo cierra adecuadamente una de las dos líneas maestras en torno a las cuales se ordena —desde el principio al fin— su vocación de historiador; esto es, el análisis en profundidad de la Revolución contemporánea; y el estudio sistemático de la problemática española, «Introducción» a la obra de J. PABÓN, *Nárvaez y su época*, Madrid, 1983, pág. 32.

(22) «Un gran escritor, Balzac, adversario de la figura de Talleyrand, puso en boca de uno de sus personajes las palabras con que señalaba la raíz del gran trastorno: «Al cortar la cabeza de Luis XVI, la Revolución cortó la cabeza a todos los padres de familia, y hoy ya no hay más que individuos» [...]. Tal había sido el drama de Francia. Tal podía pensar Talleyrand que era el suyo [...]. Devolver los reyes a Francia era reconstituir la Institución, era el retorno a la unidad y a la continuidad salvadoras en el trance de la derrota». «Talleyrand en el trance...», pág. 230. Nos permitimos la libertad de remitir a nuestro libro sobre *Vida y obra de Jesús Pabón*, cuya aparición coincidirá con el centenario del historiador sevillano.

Así pues, de lo nacional y corraleño a lo internacional y cosmopolita. Tal fue la revolución operada por la obra paboniana en el estrecho planeta del contemporaneísmo hispano de su tiempo. Bien se entiende que por razones de espacio no podamos engolfarnos en el escolio de tan importante producción y nos veamos constreñidos a dejar únicamente constancia de que, a partir de entonces, los estudiosos españoles contaron en su lengua con un instrumento válido para enuclear los principales factores del mundo contemporáneo.

La constante atención del autor a la temática y producción investigadoras de radio europeo, no le apartó de su interés por la convulsa historia contemporánea de su país. El órdago lanzado por la biografía de un personaje tan polémico y hermético como Francecs Cambó no fue de menor dificultad que el significado por la revolución portuguesa y el salazarismo antes de la aparición del primer volumen de *Cambó. 1876-1918* (Barcelona, 1952, 689 págs.). Reconstruir el despliegue de la monarquía alfonsina y de la segunda República en torno a la vida de una descollante figura constituía, ciertamente, un formidable envite. A todos los efectos, ésta habría de ser su obra más acabada, al tiempo que de mayor difusión e impacto social. Plumas buidas como las de Carlos Seco, José María Jover o Javier Tusell la han glosado de modo admirativo, y a sus perspicaces juicios habrá de acudir para una valoración de la riqueza historiográfica de sus páginas, escritas con la sencilla elegancia y multiplicidad de registros características de la prosa paboniana. Junto con una completa radiografía de sus aciertos e infirmitades, tales análisis servirán para contrarrestar las críticas que recibiese de los *maîtres à penser* de algunos sectores historiográficos.

El comentario, bien que veloz y epidérmico, de toda la producción del maestro sevillano no se contempla en los modestos objetivos de las presentes páginas. Aparte de las reseñadas a paso de carga, otras numerosas cuestiones de la contemporaneidad europea y española imantaron su curiosidad —la obra literaria e historiográfica de Churchill; las relaciones entre la Santa Sede y España en una fase particularmente tensionada, analizadas con inequívoco talante liberal: *España y la Cuestión Romana* (Madrid, 1972, 189 págs.); el legitimismo portugués; Bismarck, Narváez, Rizal, Trostky, Serafín Estébanez Calderón, («De "El Solitario" [En el centenario de Estébanez Calderón, 1867-1967]», *Bol. de la Real Academia de la Historia*, 160 [1967], págs. 123-55), Mossèn Cinto (*El drama de mosén Jacinto*, Barcelona, 1954, 311 págs.), etc.—, sin que aquí, repetirmos,— podamos dar, como en el caso de Vicens Vives, noticia alguna de su posición frente a

ellas. Baste decir que con la coronación de su *Cambó* en 1969 —*Cambó. II. Parte Primera: 1918-1930* (596 págs.); *Parte Segunda 1930-1947* (555 págs.)— quedaba consagrada la obra en conjunto más considerable de las registradas en España acerca de la Edad Contemporánea. Cuando se editó —pulcramente— en Barcelona, la historiografía española comenzaba a estar seducida por las corrientes de signo marxista que la hegemonizarían en los años siguientes. La obra paboniana vino a testimoniar las virtualidades de una historia humanista y académica, esto es, realizada desde postulados de comprensión y rigor. También, como en muchos autores de su generación, templada en un acendrado espíritu liberal que pronto iba a desaparecer de la atmósfera y usos de la vida intelectual española.

VII. PROSIGUE LA CADENA. VICENTE PALACIO ATARD Y FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER

En el surco trazado por los citados maestros —astros mayores, pero no únicos, desde luego, en la constelación del contemporaneísmo español—, en los años cincuenta, jóvenes historiadores dejaron traza de su dedicación y gusto por la materia que aquí nos atañe. *Nomina sunt odiosa*; mas aun así resulta insoslayable aludir, en un decenio que asiste al lento afianzamiento de la historiografía contemporánea en España, a los trabajos iniciales de estudiosos que, tiempo adelante, ejercerán un fecundo magisterio en dicha área del saber. La natural, pero en ocasiones abusiva o prepotente, presencia de la capital de la nación en las actividades culturales ha determinado el olvido sobre los catedráticos que en Valladolid, Santiago o Sevilla potenciaron grandemente el nacimiento de la historiografía científica acerca de la modernidad y contemporaneidad hispanas. En la ciudad del Betis, Vicente Rodríguez Casado se especializó en la investigación sobre el período carlotercista, al tiempo que erigía sobre firmes cimientos uno de los pocos centros que, en las Humanidades españolas, es acreedor permanente a la gratitud de los estudiosos de ambas orillas del Atlántico y aun de las del Pacífico: la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Uno de sus discípulos, Octavio Gil Munilla, absorbentemente dedicado a la docencia en la Universidad Hispalense, organizó años después un importante seminario consagrado al análisis de la crisis del Antiguo Régimen

En el centro acabado de citar y en 1945 apareció la tesis doctoral —*El Tercer Pacto de Familia* (editada en Madrid, 377 págs.)— del que fuera en 1948 catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la

Universidad Pinciana, Vicente Palacio Atard, luego de una estadía semestral barcelonesa, como su primer catedrático en dicha asignatura de España Moderna y Contemporánea. Así como su colega en la cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea, Joaquín Pérez Villanueva, sería impenitente ágrafo, con esporádicas y no demasiado felices salidas al mundo de la contemporaneidad —*Planteamiento ideológico inicial de la guerra de la Independencia. Discurso de apertura de curso de la Universidad de Valladolid*, 1960, 121 págs.; *Reflexiones sobre la Historia en nuestros días. Universidad Autónoma de Madrid. Lección inaugural del curso 1973-74*; «La guerra de Independencia. Batalla polémica. Las armas y las plumas», *apud Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer* (Madrid, 1991, págs. 361-93)—, Palacio Atard, aunque afincado en el estudio de la modernidad hispana (tal vez fuese más adecuado decir, a la vista de su muy estimable bibliografía sobre la América virreinal, hispanoamericanana) no dejaría de hacer frecuentes incursiones por el territorio aledaño, tanto en el plano manualístico y de la alta divulgación —*Manual de Historia Universal. Vol. IV. Edad Contemporánea* (Madrid, 1960, 818 págs.; 3.ª edición, 1981); *La España del siglo XIX, 1808-1898 (Introducción a la España contemporánea)* (Madrid, 1978, 668 págs.)— como en el de las monografías y artículos —*Menéndez Pelayo y la Historia de España* (Valladolid, 1956, aguda penetración en el valor histórico e historiográfico del sabio santanderino, tema al que consagrara dos estudios más breves, pero no menos enjundiosos: «El nacionalismo en Menéndez Pelayo» y «Menéndez Pelayo, historiador actual», así como otro, aparecido en una revista chilena, en 1956, que no hemos podido consultar; sí hemos leído el publicado tal vez en la misma revista chilena: «La cuestión de las Islas Carolinas: Un conflicto entre España y la Alemania hismarckiana». *Historia* (1969), págs. 427-41; *Cinco historias de la República y de la Guerra* (Madrid, 1973, 142 págs.); *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia* (Madrid, 1989, 145 págs.); *Ensayos de historia contemporánea* (Madrid, 1970, 226 págs.) y un etcétera muy cargado... Impulsor de la afamada revista *Simancas*, aglutinó en su corta estancia vallisoletana —apenas una década— un equipo de investigadores que seguiría, globalmente, su mismo itinerario, y entre los que cabe destacar, omitiendo a los que aún se encuentran en plena producción contemporaneísta, a Luis Miguel Enciso Recio, de aislada pero valiosa contribución a la materia objeto de estas páginas como su estudio *La opinión pública española y la Independencia hispanoamericana, 1819-1820* (Valladolid, 1967, 179 págs.). En el haber madrileño de su maestro debe, por último, recordarse, forzosa y agradecidamente, la creación y pilotaje de unos excelentes *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-*

1939), modelo en su género (23). Publicados entre 1966-1973, comprenden seis volúmenes y dos anejos, entre los que descuella el titulado *Aproximación histórica a la guerra española (1936-1939)* (Madrid, 1970, 279 págs.).

Otro integrante de la que en un tiempo fue denominada generación intelectual de 1948, el sacerdote valenciano Federico Suárez Verdeguer, catedrático de Historia de España Moderna y de América en la Universidad compostelana durante el lustro 1948-1953, sería uno de los muy escasos titulares de las cátedras de dicha denominación que volcase sus esfuerzos de manera exclusiva en el aproche de los problemas y temas de la contemporaneidad. Desde la vieja Fonseca planificó una investigación de largo aliento en punto a los orígenes de la España contemporánea. En la, en aquellas calendas, acendrada *Alma Mater* compostelana, cubriría las primeras fases del empeño al poner a punto su panorama *La crisis política del Antiguo Régimen en España 1800-1840* (Madrid, 1950; 2.ª edición 1958, 285 págs.) y su monografía *Los Sucesos de la Granja* (24). La publicación de ésta en Madrid, en 1953 (402 págs.), contenía toda una declaración programática de los principios historiográficos que ahormarían la vasta empresa ideada por su autor, cuyo primer gran jalón se colocaba entonces. El revisionismo de la versión liberal de la etapa fernandina se erigía en su objetivo principal. La visión ideologizante que durante todo el siglo liberal predominó sobre dicha fase, que en ocasiones llegó, incluso, a utilizarse desde el poder como indoctrinamiento de las masas, únicamente podía contrarrestarse con la objetividad a ultranza y

---

(23) Tras rechazar *ab irato* la sedicente pertenencia al Opus Dei de los redactores de la revista, atribuida por una conocida publicación del exilio francés, su director escribía: «Aprovecho la ocasión para advertir también a nuestros lectores de que, por otra parte, cada uno de los colaboradores de *Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España* mantiene sus propias convicciones políticas, no siempre coincidentes, pero que respetamos en todo momento. Por lo demás, procuramos que los comentarios que aquí se publican estén inspirados en criterios estrictamente históricos». *Memorias 2*, Madrid, 1968, págs. 13-17.

En la obra *Perspectivas de la España contemporánea. Estudios en Homenaje al profesor Vicente Palacio Atard*, Madrid, 1986, se encontrará a la fecha una relación de las publicaciones del catedrático bilbaíno, con ciertos olvidos y omisiones.

(24) Un pugnaz y penetrante escritor anotará así el sentido y la proyección que dicha obra tuvo en determinados ambientes ideológicos del país: «El libro, dos veces reimpresso, pero nunca en puridad reeditado, mantiene toda su frescura, pese a que su autor se ha desmarcado discretamente de su alto valor inconformista en sendos prólogos antepuestos a las reimpressiones». M. AYUSO TORRES, «El problema religioso y el problema político en la Historia Contemporánea de España (A propósito de Luis de Trelles)», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, IV (1998), pág. 81.

la cita documental *ad calcem*. Tras el imperio del ensayismo y la parcialidad, había llegado la hora de los archivos y la asepsia... (25).

Sino que tan loables propósitos se encorsetaban en una concepción de la historia de corte acentuadamente agustiniano en lo universal y menendezpelayano en lo nacional, que, por supuesto, era tan válida como otra cualquiera siempre que no se emplease con proclividad incoercible hacia el reduccionismo. En años sucesivos, el paisaje de la labor llevada a cabo por Suárez Verdeguer y gran parte de la escuela por él formada en la Universidad de Navarra a partir de 1954 seguiría enmarcado en el espacio temporal acotado desde los comienzos de su andadura —la denominada alta Edad Contemporánea— y en los parámetros conceptuales y metodológicos de corte providencialista y neopositivista ya anunciados también a finales de los años cuarenta. En la producción del citado autor las síntesis e interpretaciones generales del tipo de *La crisis política del Antiguo Régimen en España*, ya citada, y *Las Cortes de Cádiz* (Madrid, 1982, 219 págs.) se alternan con las monografías —*Donoso Cortés en el pensamiento europeo del siglo XIX* (Madrid, 1954, Col. «O Crece o Muere», n.º 64, 36 págs.); *Introducción a Donoso Cortés* (Madrid, 1964, 273 págs.)—, los estudios biográficos —la muy deslavazada *Vida y obra de Juan Donoso Cortés* (Pamplona, 1997, 1088 págs.)—; los artículos generalistas y de conjunto así como especializados —muestra de lo primero: «Fisonomía del régimen liberal español», *Nuestro*

---

(25) Muy característicos del talante del autor son, entre otros muchos de la misma índole, los siguientes textos: «Desde luego —y éste es otro de los hechos francamente interesantes de lo que va escrito— ya no será posible en lo sucesivo achacar al cerrado absolutismo de los individuos del Consejo de Estado nombrados en 1823 la política «represiva» de los primeros años de la Restauración —como afirma Miraflores y recoge Artola— entre otras razones porque tal Consejo no se reunió a partir de enero de 1824, y en las cinco sesiones que celebraron antes de que dejara de reunirse apenas hubo lugar para influir en la política de aquellos años». *Documentos del reinado de Fernando VII. El Consejo de Estado (1792-1834)*, Pamplona, 1971, pág. 82. «En conclusión estamos todavía muy lejos de conocer la verdad sobre las Cortes de Cádiz. La versión laudatoria propagada por la historiografía del siglo XIX ha sido aceptada acríticamente de modo casi general, probablemente tendrán que pasar no pocos años para ir sustituyendo los panegíricos y las interpretaciones por hechos documentados. Y la tarea será todavía más lenta y dificultosa si los historiadores que deban realizarla son de los que suelen llamarse «comprometidos», a no ser que su compromiso sea con la verdad». *Las Cortes de...*, pág. 208. Si tuviéramos igualmente que enuclear el pensamiento del autor sobre las características del proceso histórico en el que estamos inmersos, no dudaríamos en citar su «Génesis del mundo moderno», *Nuestro Tiempo*, 6 (1954), págs. 33-47 y, en especial, págs. 45-47, artículo mal referenciado en el catálogo que mencionamos en la nota siguiente, donde la página 33 se confunde con la página 3.

*Tiempo*, 58 (1959), págs. 403-426; «El problema de la independencia de América», *Estudios Americanos*, 2 (1949), págs. 229-244; «La etapa preconstitucional de Cádiz», *Razón Española*, 34 (1989), págs. 173-88; y de lo segundo: «La Pragmática Sanción», *Simancas* (1950), págs. 187-253; «La creación del Ministerio del Interior en España», *Anuario de Historia del Derecho Español*, (1948-9), págs. 29-46; «Sobre las raíces de las Cortes de Cádiz», *Revista de Estudios Políticos*, 126 (1962), págs. 31-64—, y las ediciones críticas —*Ramón de Santillán. Memorias (1815-1856)* (Pamplona, 1960, XL-LXVIII; la edición y notas a cargo de Ana María Berasaluce); *Documentos del reinado de Fernando VII. I. Real Caja de Amortización* (Pamplona, 1965, págs. 7-53); *Documentos del reinado de Fernando VII. IV. Martín de Garay y la reforma de la Hacienda (1817)* (Pamplona, 1967, I, págs. 17-164); *Documentos del reinado de Fernando VII. II. Informes sobre el estado de España (1825)* (Pamplona, 1966, págs. 13-135); *Documentos...*, V. *Pedro Sáinz de Andino. Escritos* (Pamplona, 1968, págs. 9-132, en colaboración con Ana María Berasaluce); *Documentos...*, VI. *López Ballesteros y la Hacienda entre 1823-1833* (Pamplona, 1970, 456 págs.); *Documentos...*, VII. *El Consejo de Estado (1792-1834)* (Pamplona, 1971, págs. 11-83); *Los Agraviados de Cataluña*, 4 vols. *Estudio preliminar* (Pamplona, 1972, 282 págs.)—, y, últimamente las muy sabrosas e instructivas —una verdadera cantera de información acerca del período isabelino y del canovismo inicial en ciudades de importancia: Zamora, Sevilla (donde repitió), Cádiz, Granada, Málaga, Barcelona, etc. —*Memorias de un gobernador civil, el valenciano Antonio Guerola y Peyrolón* (en su edición individualizada, Suárez Verdeguer repite, naturalmente, el mismo esquema y datos biográficos y políticos de Guerola, con las variantes introducidas por la temática específica de cada volumen).

En esta última ladera alguno de sus trabajos sufrió una severa crítica por los adalides de un planteamiento del período situados en las antípodas del primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra rectorada por el Opus Dei. De manera muy plausible, Suárez Verdeguer recibiría los varapalos de Josep Fontana Lázaro, quien en una difundida reseña pondría al descubierto los numerosos errores y erratas de la edición (26).

---

(26) «Así resultó que las páginas 72 y 73 del texto impreso presentaron un total de 22 errores de transcripción, entre ellos cinco que modificaban el sentido del texto [...]. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta aburrir al lector, pero creo necesario llamar la atención sobre algo todavía más grave: los errores y mutilaciones de que han sido víctimas los apéndices a esta memoria [...]. Me sorprende que haya hecho constar en la portada «Estudio preliminar y notas de Fe-

Cuestiones metodológicas así como, últimamente, diversos aspectos de la guerra civil de 1936 han caído igualmente bajo su cuidado, con aportaciones de desigual valor. V. gr., si sus catas en la contienda civil se muestran documentadas y, en ocasiones, apasionadas, sus aproximaciones a la evolución de la historiografía contemporánea se resienten, a veces, de una débil y no muy actualizada cobertura bibliográfica —*Reflexiones sobre la Historia y sobre el método de la investigación histórica* (Madrid, 1977, 256 págs. La portada del libro está intitulada de forma muy diferente: *La historia y el método de investigación histórica*)—. Nada de ello empece, por supuesto, para hacer justicia a la notable contribución de su incesable pluma al análisis, entre otros asuntos —repetiremos—, del origen del carlismo, de la crisis del Antiguo Régimen y, en general, de los inicios del liberalismo hispano observado desde una óptica censoria. Por lo demás, al hacer un balance de su copiosa obra tampoco convendría olvidar la defensa de algunas facetas de la figura y reinado más controvertidos de nuestra historia. Fernando VII fue un rey felón y egoísta, cuya crueldad puede explicarse en parte por su innata y visceral cobardía; pero también fue el monarca más austero desde Enrique IV —ni siquiera se sintió inclinado por el arte venatorio— y con gustos artísticos muy refinados. Antes de que algún distinguido hispanista británico difundiera ante el público español una semblanza semejante del «Narizotas»,

---

derico Suárez», cuando, para ser exacto, debió haber dicho «Estudio preliminar y una nota» [...]. No hubiera dedicado una reseña tan extensa al profesor Suárez Verdeguer, si éste no fuera ya reincidente habitual en el desprecio por las normas más elementales del trabajo erudito [...]. Tal vez no hubiera merecido tampoco la pena dedicar tanto espacio a los errores personales del padre Suárez, de no ser porque toda una serie de circunstancias lo han convertido en cabeza de una escuela que imita sus procedimientos de trabajo. Así puede apreciarse en esta colección histórica de la Universidad de Navarra, donde (aunque no todo es, por suerte, tan flojo como lo que publica el padre Suárez) resulta fácil advertir que los autores suelen inspirarse en cánones metodológicos primitivos y anacrónicos, que no corresponden en modo alguno al nivel que ha alcanzado la ciencia histórica en los países culturalmente desarrollados. Entre la historia económica que se cultiva hoy en todo el mundo y las publicaciones de documentos de Hacienda que hace el profesor Suárez no hay la menor semejanza. Parecen pertenecer no ya a edades históricas diferentes, sino casi a eras geológicas distintas». «Una edición inadmisibles: la de las memorias de hacienda de Garay, por el padre Federico Suárez Verdeguer», *Moneda y Crédito*, 103 (1967), págs. 114 y 116-118.

Como decimos en el texto, el criticado aceptó posteriormente la exactitud de las censuras del crítico, actitud no muy habitual en España.

Un catálogo de las publicaciones del autor del que acabamos de ocuparnos en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer*. Madrid, 1991, págs. 30-34.

Suárez Verdeguer había llevado a cabo tal reivindicación sin eco alguno, como no fuese adverso (27).

---

(27) «Indudablemente, la situación requería al frente de los destinos de la monarquía española, un monarca excepcional. No lo hubo. Fernando VII, el Rey que desde 1808 hasta 1833 (cuando todo estaba ya, de hecho, resuelto en un determinado sentido) ocupó el trono, no fue, esto es evidente, un gobernante digno de los tiempos y de los problemas que ese tiempo le planteó [...]. Y la realidad es que todavía no podemos saber exactamente si, al emitirlos [juicios desfavorables] se han tenido en cuenta todos los aspectos, positivos y negativos, del reinado (en cuanto tienen de relación con la actuación del Rey), o solamente estos últimos», «Fernando VII», *Estudios Americanos* (1951), págs. 7-8.